El V.P. Luis de la Puente

Un Gran Enamorado de Jesucristo
en la Eucaristía

LIBRARY OF PRINCETON
JUL 21 1983
THEOLOGICAL SEMINARY

BX2169
.P97

UN GRAN ENAMORADO
DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA

El V. P. Luis de la Puente

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(1554 - 1624)

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 16 1982
THEOLOGICAL SEMINARY

BX2169
.P97

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 16 1982
THEOLOGICAL SEMINARY

UN GRAN ENAMORADO DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA

EL V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

IHS

1952
Universidad Pontificia
COMILLAS (Santander)

Imprimi potest
VIRGILIUS REVUELTA, S. I.
Praep. Prov. Legion.

Nihil obstat
DR. FRANCISCUS PAJARES
Censor

Imprimatur
† IOSEPHUS, EPISCOPUS SANTANDERIENSIS
12 Martii 1952

Industrias Gráficas «DIARIO-DÍA», Mayor, 147-151.—PALENCIA

Es el V. P. Luis de la Puente una de las almas por excelencia eucarísticas que ha tenido la Iglesia de Dios.

Devoción congénita

Pudiérase decir que la devoción a Jesucristo Sacramentado fué en él congénita; o que se le infundió con la gracia del Bautismo.

«Desde sus primeros años, dijo de él su hermano Fray Andrés, de la gloriosa Orden de Predicadores, estando en casa de sus padres, comenzó a servir a Dios nuestro Señor con veras y perfección, teniendo oración mental... Levantábase mucho antes de amanecer, y en un oratorio, se estaba de rodillas orando, hasta que era de día; y luego, iba a oír misa de alba en el convento de S. Pablo» (1).

«Desde pequeño, declaró él mismo al entrar en la Compañía, fuí inclinado a ser religioso y he tenido alguna cuenta con mi conciencia; porque, ha muchos años, que confieso y comulgo en la Compañía, y he sido instruído algún tanto en cosas de oración, con algún consuelo y aprovechamiento» (2).

---

(1) Proceso informativo de Valladolid.
(2) *Notas* del Noviciado.

En la Compañía: durante los estudios

Entrado en la Compañía, una de las primeras impresiones que recibió en el noviciado de Medina del Campo, fué la de una plática que el P. Baltasar Alvarez hizo en aquella casa, un viernes antes de Navidad, pasando por allí de camino: «Y en ella habló con tanta fuerza, que me dejó admirado; y dijo con tanto espíritu algunas sentencias, que hasta hoy me han aprovechado. Luego, la noche de Navidad, cantó la misa del gallo y, cuando volvió con el Santísimo Sacramento en las manos para dar la comunión a los hermanos y a muchos seglares que se habían juntado, nos hizo otra plática breve con grande ternura y devoción, exhortándonos a la reverencia y amor de aquel Señor que tenía presente» (3).

En el colegio de S. Ambrosio de Valladolid, escenario años adelante de la gran promesa del Corazón de Jesús al P. Hoyos, le tocó vivir, acaso porque él lo negoció, en el aposento más frío y desacomodado del colegio, «por estar en lo más alto del piso, a la parte del cierzo». Los fríos del invierno le dejaban a veces como helado y tullido con su rigor; pero vivía muy gustoso con esta mortificación, porque aquel aposento estaba contiguo a la capilla común del colegio, donde muy de mañana oía la misa de su maestro y Padre espiritual, el P. Francisco Suárez, y donde se recogía delante del Santísimo los ratos que le daban lugar sus estudios (4).

Más libertad que en Valladolid, donde el estudio

(3) *Vida del P. Baltasar Alvarez*, cap. 17, §. 3.
(4) Francisco Cachupín, *Vida*, lib. I, cap. 4.

de la Teología absorbía casi toda su atención, hubo de tener para sus devociones, y en concreto para el trato con el Santísimo, en el colegio de Oñate, santificado un tiempo por la presencia y virtudes de San Francisco de Borja, donde nuestro Venerable estuvo como pasante o *bienista* durante el curso de 1578 a 1579.

En el año de Tercera Probación

Pero donde, a todo su placer, pudo desplegar las velas de la devoción, fué en Villagarcía de Campos, durante el año de Tercera Probación, que hizo bajo la dirección de su Padre Baltasar.

Considera él este año como el mejor de los cuarenta de vida religiosa que llevaba cuando lo certificó: «Porque allí, escribe, me abrió el Señor los ojos para desear servirle muy de veras, y la comunicación con tan buen maestro como el P. Baltasar Alvarez me ayudó mucho para todo» (5).

Ese abrirle Dios los ojos fué una gracia decisiva que le hizo abrazarse con lo que más repugnaba a su naturaleza inteligente y delicada: el menosprecio. Y esa gracia, decisiva para su santificación, se la concedió el Señor al pie del Sagrario. «Parecíame casi imposible, escribe él, en el librito de sus *Sentimientos*, llegar yo a tal estado, que yo me tuviese en poco y desease que todos me tuviesen en poco y gustase de que no se hiciese caso de mí, ni me encomendasen oficios honrosos. Un día, dicha misa, vínome una luz a modo de relámpago, por la cual se me descubrió que

(5) *Vida del P. Baltasar*, cap. 47.

era posible llegar a tal grado de humildad. Quedé muy contento, y con esperanza de que el que me mostró ser aquello posible, me lo concedería, y así creció el deseo de esto» (6).

Fué el año de Tercera Probación, para que la dicha resultase cumplida el año de su ordenación sacerdotal. En Valladolid y «el sábado de Lázaro, como él dice, día del gloriosísimo S. José», se ordenó de presbítero, y en el Colegio de San Ambrosio de Valladolid, en la iglesia antigua, dijo su primera misa, según hace notar él, «el día de la Anunciación de la sacratísima Virgen nuestra Señora».

Intervención de la Santísima Virgen

Dicho se está que la Sma. Virgen interviene especialmente en toda la vida espiritual de nuestro Venerable y particularmente en sus relaciones con la Eucaristía. Nos lo prueba este delicado pasaje de sus *Sentimientos*: «Pidiendo, un día después de misa, a nuestra Señora, que pusiese como maestra en mi corazón algún sentimiento conforme al que ella sentía cuando comulgaba, se me representó que, cuando nuestra Señora comulgaba, recibiendo a Cristo su Hijo sacramentalmente, se le renovaba el gozo y sentimiento y dones que la dieron cuando le recibió la primera vez en sus entrañas, concibiéndole por obra del Espíritu Santo. Y entendí que, ya que Cristo nuestro Señor no estuvo más que en el vientre de una mujer, madre suya, a la cual por esta causa comunicó grandísimas mercedes —*Beatus venter qui te por-*

(6) *Sentimientos,* Valladolid, 1935, n. 61.

tavit (7)— quiso su Majestad, mediante este Sacramento, entrar real y verdaderamente del modo que le era posible y conveniente, dentro del pecho de todos sus fieles, y que todos le trajesen dentro de sí, al modo (*proportionaliter*) que le traía su Madre, y comunicarles en su tanto, las gracias y dones que a ella. Y así, que la entrada de Cristo en el pecho del que comulga, es una imitación de la entrada que hizo en el vientre de la Virgen, para hacernos participantes de los dones que alcanzó ella mediante aquella entrada» (8).

Un sentimiento algo parecido tiene el Beato Juan de Avila en varios de sus escritos.

En el «corillo» de Villagarcía

En Villagarcía, no ya sólo durante el año de Tercera Probación, sino también, y acaso más, cuando hizo allí de vicerrector y maestro de novicios (1585-1589), fueron extraordinarias las muestras de su devoción con Jesucristo Sacramentado.

«Tenía allí la oración, cuenta un testigo de vista, el P. Diego de Sosa, en una tribuna o coro que cae sobre una capilla muy devota que hay en aquella casa de Villagarcía, donde está el Santísimo Sacramento en un tabernáculo muy curioso y adornado, y grande número de reliquias de Santos que le rodean, ricamente guarnecidas; que todo hace un santuario de gran devoción, y parece un pedazo de cielo en la tierra» (9).

(7) L. c., 11,27.
(8) *Sentimientos*, n. 61.
(9) *Vida inédita*, cap. 7.

En aquella tribuna o *corillo,* solían tener su oración y demás ejercicios espirituales los tercerones y novicios, y allí acudía también el P. La Puente, el primero de todos, como pastor que va delante de su rebaño. «Levantábase antes que la comunidad, y el más diligente que acudía a la oración ya le hallaba en la tribuna puesto en ella de rodillas», en un esconce o codillo que se hacía al lado del Evangelio. Persuasión común de los que por entonces más de cerca le trataron era, que por aquellos años «el Padre se quedaba muchas noches enteras, o gran parte de ellas, en oración delante del Santísimo Sacramento» (10).

Durante el día, las obligaciones de su oficio dejábanle poco tiempo para retirarse a orar. Al menos el rosario y el oficio divino, siempre lo rezaba de rodillas en el corillo del Relicario, o en la iglesia delante del altar mayor. «Sólo en invierno, cuando para los Maitines era menester encender luz, rezaba en su aposento; pero también de rodillas».

«Los jueves por la tarde, que a los novicios se da lugar para espaciarse por la huerta, los tomaba el Padre para gastarlos con Dios, estándose toda la tarde en oración en esta tribuna, sin salir de allí en tres o cuatro horas» (11).

La devoción, ternura y lágrimas con que el siervo de Dios hacía todos estos ejercicios, puede fácilmente imaginarse. Pero, además, lo atestiguan expresamente muchos testigos de vista y, sobre todo, nos lo dice lo que el mismo Venerable escribe en su librito de los *Sentimientos y Avisos espirituales.*

---

(10) Sosa, *ibid.*
(11) Sosa, *ibid.*

Nada puede sustituir a estas notas autobiográficas que nos ponen al descubierto lo más íntimo de aquel espíritu endiosado, enamorado de Jesucristo en la Eucaristía. Los primeros que vamos a copiar fueron escritos alrededor del año de Tercera Probación, o poco después.

La Eucaristía, principal puerta de la santidad

«Pensando en aquellas palabras del Salmo: *Abridme las puertas de la justicia, entrando por ellas confesaré al Señor* (12) se me ofreció, dice el Venerable, que las puertas de la justicia son las principales devociones y medios para la perfección». La primera de estas puertas es Jesucristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del Altar. «Esta es la principal puerta, porque está allí la fuente de la justicia: éntrase con el conocimiento y afecto, con la fe y amor».

«A la entrada topo con tres ejemplos raros de virtud, los cuales, por ser presentes y no de cosa pasada, son más motivos»: primero, de humildad; segundo, de obediencia; tercero, de misericordia. «Si a la entrada me abrazo con estas tres virtudes, y con deseo de imitarle, darme ha lugar de entrar más adentro, donde está la plenitud de justicia que es su infinita caridad» (13).

A vista de este sublime ideal exclama el siervo de Dios, encendido como un serafín:

«¡Oh quién entrase, oh quién ardiese, oh quién se enllenase de este amor y de esta justicia, y, después de haber entrado, se deshiciese en alabar a este Dios!» (14).

---

(12) Ps. 117,19.
(13) *Sentimientos*, n. 44.
(14) *Ib.* n. 44.

Luego, descendiendo a la práctica, añade: «Las cosas en que debo mostrar agradecimiento a esta merced y que me ayudarán a entrar, son éstas: Primero, andar con hambre de recibirle, siendo diligente en la preparación y después en la acción de gracias.—Segundo, desear estar en su presencia todo el más tiempo que pudiere cómodamente, para acompañarle, que está solo, teniendo allí oración, exámenes, rezo, etc., y visitarle al día muchas veces, especialmente en levantándome, como quien le va a pedir la bendición para todo el día, y le agradece los favores pasados. A la salida de su presencia, decirle: Señor, aquí se queda mi corazón con Vos, ya que el cuerpo no puede. Y desde el aposento, con el espíritu, adorarle; y, al pasar por las iglesias del pueblo, *otro tanto*.—Tercero, en tener profunda reverencia exterior, no sólo a este Señor, cuando entro y salgo de la iglesia o estoy en su presencia, sino también a las cosas de que él se sirve, como cálices, patenas, corporales, purificadores, hostias, etc., y a las manos de los sacerdotes. ¡Bienaventurada sería mi ánima, si Dios y sus ángeles me abriesen esta puerta, dándome luz para conocer este misterio, y amor para amarle y preciarle!» (15).

Visitas al Santísimo

Pero aún no había dicho con estas palabras, ni pudo decir nunca, a pesar de sus repetidos empeños, todo lo que su alma debía a Jesucristo Sacramentado y todo lo que su corazón generoso le quería pagar en justa correspondencia. Por eso, vuelve sobre el tema, algunas páginas más adelante, en el mismo librito de los *Sentimientos*, y estampa esta hermosa confesión:

«Grande provecho ha sentido mi ánima con vi-

(15) *Sentimientos*, n. 45.

sitar a menudo el Santísimo Sacramento, y estar allí con él. Para aficionarme a esto, se me ofrecieron dos eficacísimas razones. La primera, que en esto doy gusto a Cristo nuestro Señor y le cumplo sus deseos y deleites, pues El dice: *Venid a mí los que padecéis trabajos...* (16), y; *Mis delicias son morar con los hijos de los hombres* (17). ¡Oh ánima mía, dí a tu Amado, Cristo Jesús: *Deliciae meae esse cum Filio Hominis*: Mis recreos son estar con el Hijo del Hombre; que así se llama a sí mismo Cristo mi Señor.

«Segunda: pues El hace una jornada tan larga como es del cielo a la tierra, para estar conmigo, ¿qué mucho haga yo una tan breve, como de la celda a la iglesia, para estar con El?...

«¡Oh ánima mía, no tengas pereza de ir a ver a este Señor!

«*Ecce plus quam Salomon hic* (18): Aquí está quien es más que Salomón. El hará contigo lo que Salomón hizo con la reina Sabá: enseñarte ha palabras de vida eterna; quitarte ha las dudas y nieblas; darte ha dones de inestimable valor... Para esto ¡oh, ánima mía, visítale y ofrécele tú dones, como la reina Sabá ofreció a Salomón: ofrécele tu corazón, memoria, sentidos y cuanto tienes, y verás el retorno»...

«Algunas veces, en entrando en la iglesia, sentía mi ánima testimonios de la presencia de este Señor, v. gr. un júbilo interior, un regalo y risa del ánima, sólo en verse delante de su Dios, de modo que aun el cuerpo se regocijaba. Otras veces, varios afectos repentinos de amor, de humildad, de alabanzas..., con lágrimas y ternura de corazón... ¡Dichosa eres, ánima mía, si puedes estar mucho tiempo en la presencia de este Señor» (19).

---

(16) Mt. 19.28.
(17) Prov. 8,31.
(18) Mt. 12,12.
(19) *Sentimientos*, nn. 71 y 72.

Eran estos regalados afectos, gracias especiales del Señor, como lo era también el conocimiento íntimo y profundo de la dádiva incomparable que Dios hace a los hombres en este divino Sacramento.

«Por este tiempo, considerando cómo este beneficio es infinito de todas partes, porque es infinito el Dador, infinita la cosa dada, infinito el amor con que se me da, infinitas las veces que se me da o se me dará, si fuere menester, infinitamente indigno el que le recibe; hállase mi ánima atajada, y no sabe como agradecer este beneficio, ni cómo alabar a Dios. Aquí sentí aquel verso de David: *Desfalleció mi ánima a vista de tu salud* (20). Y el otro: *A Ti se debe el himno (o el silencio), oh Dios, en Sión*» (21).

Volviendo a los ejercicios prácticos de piedad eucarística, añade a renglón seguido:

«Para llegar a este Señor, se me han ofrecido varios actos de confianza. Primero, que, mediante el recibirle, será mi ánima trocada, sanada y confortada: *Quien me come vivirá por Mí* (22).—Segundo, para cuando le toco, que, mediante aquel tacto, puede sanarme, si tengo la fe de aquella mujer, que decía: *Con que pueda solamente tocar su vestido, será sanada* (23).—Tercero, para cuando le miro, que, pues sólo mirar la serpiente de metal sanaba a los hebreos heridos de las sierpes verdaderas, mucho mejor, mirar a este Señor bastará para sanarme a mí.—Cuarto, cuando no le veo por estar encerrado, esperando que con una sola palabra me pueda sanar de donde quiera, y adonde quiera, como dijo el Cen-

(20) Ps. 118,31.
(21) Ps. 64,2. *Sentimientos*, n. 73
(22) Io. 6,58.
(23) Mt. 9,21.

turión: *Una palabra tuya, y sanará mi alma* (24). Aquí se me acordó de lo que hizo Cristo nuestro Señor en el Cenáculo, el día de la Resurrección: Sopló sobre ellos y dijo: *Recibid el Espíritu Santo* (25). ¡Oh buen Jesús: echa desde ahí ese divino soplo y dime: *Accipe Spiritum Sanctum.* También con sentimiento se me ofrecieron aquellas palabras: *Di a mi ánima: yo soy tu salud*» (26).

La santa Misa

¿Cómo decía la misa este enamorado del Santísimo? Breve y ordenadamente contesta a esta pregunta el P. Francisco Cachupín, recogiendo sus impresiones y las de otros testigos de vista.

«Muy en particular, dice, se señaló este esclarecido varón en el culto de la Misa... Preparábase para celebrar, con mucha oración, mortificación y penitencia, aun cuando, por su mucha flaqueza, parecía imposible poder ejercitarlas. Todos los días, antes de decir Misa, se reconciliaba, con tanta constancia y tesón, que, desde que se ordenó, casi ningún día dejó de confesarse; y los veinte años antes de su muerte, ni un solo día faltó a esta devoción. Tardaba en la Misa, de ordinario, tres cuartos de hora; y cada semana, una y más veces, se solía detener tres y cuatro horas, y, por esta tan larga detención y los extraordinarios sentimientos que sentía en la Misa, solía decirla en secreto, en la capilla retirada del Colegio. En algunas palabras de la Misa hacía más pausa, exprimiéndolas con notable energía y sentimiento,

(24) Mt. 3 8.
(25) Io. 20,22.
(26) Ps. 34,3.—*Sentimientos,* n. 74.

como aquellas de la oblación de la Hostia: *Deo meo vivo et vero*: que no parecía sino que se le salía el corazón del pecho con la fuerza del afecto con que las decía, como si estuviera viendo la Majestad del mismo Dios. Las genuflexiones eran muy profundas, aunque más apretado estuviese de la gota artética. En los «Mementos» oraba con tanta vehemencia de afectos, que, siendo su rostro muy pálido, se le ponía encendido como el fuego, y los ojos eran dos fuentes de lágrimas, con tan grandes sollozos y tales temblores viéndose en la presencia de Cristo nuestro Señor, que no podía el cuerpo estar quedo, y sólo el verle causaba en los que le ayudaban afectos de reverencia y temor, con crecida estima de su persona y santidad» (27).

Interés especialísimo tendría para nosotros saber cómo se conducía aquel enamorado de Jesucristo en el momento de la Consagración. Nadie nos lo ha dicho; pero podemos conjeturarlo por lo que de este momento escribe en el *Tratado del Santo Sacrificio de la Misa*, fragmento que tiene todos los caracteres de autobiográfico.

«Llegando el tiempo de la Consagración, se ha de revestir el sacerdote de un ánimo muy confiado y generoso, junto con grande reverencia, como quien ha de representar la persona del mismo Cristo; y en habiendo dicho las palabras de la Consagración, ha de penetrar con los ojos de la fe lo que está dentro de aquella hostia que tiene en sus manos; y aunque allí no se han de decir otras palabras exteriores de las que el Canon señala; puede interiormente hablar con su Redentor con mil especies de

(27) *Vida*, lib. II, cap. 12.

afectos, ya diciendo como S. Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (28); ya como Sto. Tomás: *Señor mío y Dios mío* (29); ya como los niños hebreos: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* (30). O también: ¿Es posible que tenga yo en mis manos a mi Salvador? ¿De dónde a mí tanto bien, que tenga en mis manos al que me tiene en las suyas? Si tan dichoso fué Simeón por haber tomado en sus brazos al Salvador cuando era niño, ¿cómo no seré yo dichoso, teniendo en mis manos al mismo que está en el cielo? Al tiempo que se hinca de rodillas con la hostia, ha de adorar a este Señor con una reverencia tan profunda, que humille su corazón hasta el abismo, como quien desea hundirse debajo de tierra, por el respeto a tan soberana majestad. Y acordándose de lo que *dicen los Santos,* que bajan los ángeles del cielo para hacer compañía a este Señor en el sacrificio, ha de imaginarse en aquel punto rodeado de un ejército de ellos; y, en su compañía, adorar, reverenciar y alabar al Señor y Criador de todos» (31).

De toda la misa en general, sigue diciendo el Padre Cachupín en el testimonio antes citado:

«Algunas veces era tan extraordinaria la fuerza de sus sentimientos y afectos, que temía el ayudante que se le había de romper alguna vena, y aun llegaba a temer que se le había de acabar la vida, antes que acabase la Misa; y no eran vanos los temores, atendiendo a los efectos visibles que en él se descubrían. Pero, nuestro Señor detenía aquel raudal de sus favores, y juntamente forticaba aquel corazón, para que no sucediese lo que prudente-

(28) Mt. 16,16.
(29) Io. 20,28.
(30) Mt. 21,9.
(31) *De la perfección del cristiano en el estado eclesiástico,* trat. II, cap. 12, § 2.

mente se podía temer, como lo dió a entender él mismo a otro de la Compañía, diciéndole: que Dios, en este Sacramento, se descubría de suerte a algunas almas, que, si pasara más adelante la luz que les comunicaba, acabara un hombre con la vida. Y aunque, por su humildad, no se descubrió, el Padre a quien lo dijo entendió que hablaba de sí» (32).

Punto por punto pudieran confirmarse todos o la mayor parte de estos pormenores, con palabras de testigos de vista que los declararon en los Procesos; aunque, por otra parte, el mismo P. Cachupín es en este punto testigo de mayor excepción.

De par en par, según puede entreverse, por lo dicho, se había abierto a nuestro Venerable esta regia puerta de la justicia. Pero no lo sabríamos bien, si no viéramos lo que llegó a ser su devoción, cuando, en el Colegio de San Ambrosio de Valladolid, medio tullido los últimos años de su vida, apenas podía salir de su aposento para visitar a Jesús Sacramentado.

De su aposento al Sagrario

Caía entonces el aposento del Padre en la planta baja, detrás del altar mayor; y «tenía el siervo de Dios por singular gracia, dice el P. Sosa, el que su cámara estuviese tan cercana al Santísimo, que sólo había de por medio un muro sencillo o tabique que la separaba del Sagrario» (33). Para localizar más su devoción, digámoslo así, en la parte misma correspondiente al Sagrario había hecho el Padre pintar

(32) Cachupín, *Vida*, lib. II, cap. 12.
(33) *Vida inédita*, cap. 18.

una cruz roja y puesto debajo una estampa del Santísimo, con que, dentro de su mismo aposento, desde la camilla donde medio echado trabajaba, hacía sus visitas, clavando los ojos en el punto señalado con la cruz.

Pero es claro que no se contentaba su amor con estas visitas, aunque apenas pueden considerarse como meramente espirituales. «Estando tan impedido, dice en los procesos el P. Cachupín, que, si no era ayudado de dos muletas no podía andar, y aun con esta ayuda andaba con gran trabajo y en poco trecho gastaba mucho tiempo, con todo esto iba a visitar al Santísimo» (34). Y como el P. Sosa, su Rector entonces, viéndole una vez tan fatigado le dijera que no se cansase en ir tan a menudo a visitar al Señor, pues desde su aposento podía hacerlo, respondió que «se holgaba de dar aquellos pasos, y que deseaba dar muchos más, para demostrar lo mucho que estimaba poderse presentar delante de aquel Señor» (35).

¿Cuántas eran estas visitas que el buen Padre hacía? «Algunas veces se contaban tantas, escribe el mismo Padre Sosa, que parecía no hacía otra cosa sino ir y volver al aposento. Y esto, no sólo cuando estaba bien de las piernas, sino también cuando andaba con muletas, sin poder fijar los pies en el suelo; y a lo último, cuando apenas se podía mover, se iba medio arrastrando» (36).

Toda ocasión en que hubiera de salir de su apo-

(34) Proceso de Valladolid.
(35) *Vida inédita*, cap. 18.
(36) *Ibid.*

sento la aprovechaba para entrar a saludar al Señor: todas las veces que pasaba por el tránsito contiguo a la iglesia, dice en el Proceso de Logroño el Padre Iñiguez Enderica; «cuantas veces pasaba al confesionario y a otras partes», dijo doña Angela de Ranolis en el de Valladolid; «ya yendo al confesionario ya viniendo de él, ya interrumpiendo lo que hacía», resume el P. Diego de Avendaño; que «no parece sino que iba a consultar con este divino oráculo sus dudas y darle gracias por las mercedes recibidas» (37). Fray Andrés, su hermano, contaba que, cuantas veces le visitó, al tiempo de despedirse, si estaba levantado, le salía a acompañar; y como él le rogara que no se moviese, respondía: «Déjeme, hermano, que de camino visitaré al Santísimo Sacramento» (38).

Una escena curiosa nos pinta el P. Alonso del Caño. Era en tiempo en que el Padre podía moverse con relativa facilidad; y, como le convenía hacer un poco de ejercicio, salía a pasearse por el tránsito o «cuarto bajo, donde estaba su aposento», a la hora en que, por ser de lección, estaba más sólo. Tenía este tránsito una puerta que daba a la iglesia junto al altar mayor. Paseaba el Padre, según nos le pinta este testigo, «con su rosario en una mano y su báculo en la otra», quitado el bonete, «multiplicando fervorosísimos actos de virtudes», según se podía colegir de sus palabras y ademanes. Pues bien; cuando llegaba a la puerta de la capilla mayor, entraba en ella unos momentos y «con grandísima sumisión, ya

(37) Proceso de Valladolid.
(38) Proceso de Valladolid.

que no podía hincarse de rodillas, las encogía un poco»; y después de hacer su adoración al Santísimo, «antes de apartarse de allí para dar otra vuelta, humillaba profundamente la cabeza tres o cuatro veces». «Y noté varias veces, añade el testigo, que, como a quien le parecían pocas, cuando comenzaba a dar otra vuelta, despedido ya del Santísimo Sacramento, antes de salir del cancel..., volvía a hacer otras semejantes humillaciones, con tantas muestras de reverencia y devoción, que a mí me la ponía; y tenía especial consuelo en irme a este tiempo a rezar el Rosario en la iglesia, por verle» (39).

La santa Misa en los últimos años

Algo hemos de añadir aquí, característico de estos últimos años, a lo que arriba se dijo sobre la celebración de la santa Misa.

Ante todo, es admirable su empeño en no perderla ni un solo día. «De su misma boca supimos, escribe el P. Sosa, que, en los primeros cuarenta años de sacerdote (de 1580 a 1620), ningún día había dejado de decir Misa, sino en Viernes y Sábado Santo, cuando no era Superior, por lo cual daba infinitas gracias a Dios nuestro Señor, como de un singularísimo beneficio. Y cuando se hallaba indispuesto, aunque se hubiese de sangrar aquel día, se levantaba de mañana y decía misa, y se volvía a la cama para que le sangrasen» (40).

---

(39) Proceso de Salamanca.
(40) *Vida inédita,* cap. 13.

Llegó un momento en que, por sus achaques, le fué casi imposible subir a la Capilla del Colegio que, como se ha indicado, estaba en lo alto del piso. Compadecióse de él el Conde de Luna, don Antonio Pimentel y Quiñones. El, de suyo, sin saberlo el venerable Padre ni haber intervenido en ello, pidió a los Superiores le dejasen componer, en un ángulo del aposento del Padre, una capilla con su altar, para que sin salir de él pudiese celebrar. Con esto tenía asegurada la misa diaria, cuanto en lo humano cabía. «Aun en estos últimos años, escribe el Padre Sosa, en los cuales se hallaba realmente acabado, y más muerto que vivo..., que parecía no poder durar dos días, se levantaba siempre, y vistiéndose por sí mismo, con gran trabajo se arrastraba hasta la capilla a decir misa, descansando tal vez y parándose un poco, y, a las veces, sentándose por las ansias y ahogo de pecho que sentía; y, luego, apenas terminada la misa, se volvía a acostar» (41). Díjole un día su hermano Fray Andrés: «Mire Vuestra Paternidad, hermano, que parece temeridad levantarse a celebrar estando tan acabado». Mas el siervo de Dios le respondió: «Déjeme hermano, que bien puedo, que el Señor me ayuda, y no tengo otro consuelo, sino éste» (42).

Dios le ayudaba, en verdad, y cuantos le conocían y sabían lo que pasaba, entre otros el Licenciado Ceballos, su hijo espiritual, y el Doctor Canseco, médico de Felipe III y también del Colegio de San Ambrosio, aseguraban que no podía hacerse sin milagro. Parti-

(41) *Ibid.*
(42) Proceso de Valladolid.

cularmente notable fué lo ocurrido en la noche de Navidad de 1623, última antes de su muerte.

Dejamos la palabra al P. Francisco Cachupín:

«Fueron, dice, los fríos y nieves de aquel año, de los más rigurosos que se han visto en Valladolid; y estaba el venerable P. Luis de la Puente tan postrado de fuerzas, que no era posible tenerse en pie, y tan falto de calor natural, que ni aun en la cama podía vivir, sino aplicándole a los pies un ladrillo caliente. La apretura del pecho había llegado a tal extremo, que apenas le dejaba respirar. Con todo, se hacía llevar a su capilla, y allí decía misa... El Hermano que le ayudaba, persona religiosa y cuerda que juntamente hacía el oficio de enfermero, entró en temores de que se le había de quedar muerto un día, en la misma misa, y así se resolvió a dar cuenta de todo al Superior». Era éste el P. Diego de Sosa, que, en efecto, temió, como él mismo cuenta, que, si la noche de Navidad se levantaba a decir misa, quedaría muerto en el altar. Fuése, pues, por la tarde al aposento del Padre, y le dijo que no se levantase aquella noche. Mas el siervo de Dios, «con mucha humildad y resignación, suplicóle que le diera licencia de celebrar, si en el momento de las misas se encontraba en buena disposición». Y fué cosa maravillosa que, «habiendo estado el día anterior, es decir, la vigilia de Navidad, muy mal, con todo, al tiempo de tocar a levantarse, que fué a la media noche, se halló dispuesto de manera, que pudo decir las tres misas sin interrupción alguna, hallándose después mucho mejor que cuando las comenzó».

Expresamente refiriéndose a este caso, dice el Doctor Canseco, que «siempre tuvo y tiene por cosa milagrosa haber dicho (el Padre) las tres misas el día de Navidad estando tan flaco, que, a su parecer,

era imposible con solas las fuerzas naturales tenerse en pie» (43).

Uno de los que tuvieron la dicha de ayudarle a misa y hacer con él de enfermero, siendo estudiante teólogo en San Ambrosio, fué el P. Juan de Benavides. Nadie como él para decirnos algo de la reverencia y devoción con que el Padre celebraba. «Dijo, pues, este testigo —se lee en el proceso de Logroño donde el P. Benavides era entonces Rector— que le vió muchísimas veces el rostro encendido, hecho un fuego, y los ojos dos fuentes de lágrimas, con extraordinarios sollozos y sentimiento del cielo, que parecía no podía estar el cuerpo quedo; y a este testigo le causaba una grande reverencia y temor el estar con dicho Padre en estas ocasiones, y le engendraba en el corazón una singularísima estima de su persona».

La acción de gracias la tenía muy despacio. «Y para hacerlo con más quietud, en estos últimos años, escribe el P. Sosa, se retiraba a su aposento; allí, puesto de hinojos delante del altar de su capilla, que estaba arrimado contra la pared donde estaba la señal que arriba se dijo del Santísimo Sacramento, se estaba, lleno de devoción, dando gracias a Su Divina Majestad y negociando con El, porque decía que éste era el tiempo mejor de negociar con Dios. Una vez, al cabo de un largo rato que estaba en este ejercicio, entró un Hermano que tenía cuidado de su aposento, y le halló pegado el rostro con la tierra junto al altar; y aunque, al verle entrar, se esforzó por levantarse, no lo pudo hacer por su exce-

(43) CACHUPÍN, *Vida*, lib. II, cap. 12.

siva flaqueza: y puede creerse que, las más de las veces, cuando podía, daba las gracias de este modo» (44).

Su apostolado eucarístico

No hay que decir, si corazón tan enamorado de este divino Amador de nuestros altares, procuraba pegar su devoción a cuantos le rodeaban. Ni sólo a cuantos le rodeaban: a todos los hombres de todo el mundo y de todas las edades, procuró aquel varón verdaderamente apostólico extender el conocimiento y el amor de Jesús Sacramentado por medio de sus libros: todos los cuales, desde las *Meditaciones* hasta la *Exposición del Cantar de los Cantares*, sin excluir la *Vida del P. Baltasar Alvarez*, y la de la *Venerable Marina de Escobar*, contienen páginas admirables sobre las maravillas, excelencias y finezas de amor encerradas en la Eucaristía.

En la Parte IV de las *Meditaciones* (1605), dedica siete enteras, desde la 9 a la 15, a la *Institución de la Eucaristía*; y en la Parte VI, otras siete, a contemplar *el soberano beneficio del Santísimo Sacramento del Altar*, desde la 39 a la 45. En todas ellas se dan la mano la precisión y profundidad teológica, con la unción y la devoción.

En la *Vida* de su maestro el *P. Baltasar Alvarez*, expone, en un capítulo muy cumplido, la devoción con que aquel gran maestro de la vida espiritual decía misa cada día.

En la de su hija espiritual *Doña Marina de Es-*

(44) *Vida inédita*, cap. 18.

cobar (45), recoge cariñosamente todas las visiones y revelaciones que aquella mujer extraordinaria tuvo acerca de este misterio: «comenzando, dice él, por las más grandiosas del modo real y verdadero como está Cristo nuestro Señor en el Sacramento: las cuales me contó y dió por escrito, estando yo leyendo Teología, el año de 1595, en nuestro Colegio de Valladolid: y leía entonces la materia de Eucaristía, y este punto de la transubstanciación. Contábamelo con tales palabras y afectos de corazón, que, pasmado, confiriendo mis tinieblas con tanta luz, decía después a nuestro Señor: *Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae,* quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis: ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te (46).

En la *Guía espiritual* (1609), dedícanse a esta materia, los capítulos 15, 16 y 17 del tratado II: «Del conocimiento amoroso de Jesucristo nuestro Señor según que está en el Santo Sacramento del altar»; «del amor unitivo con Cristo nuestro Señor y con los prójimos, que se alcanzan por medio del Santísimo Sacramento...»; de la disposición con que se ha de recibir esta celestial comida, para alcanzar la unión a que se ordena.

Un libro entero consagra a la Eucaristía como Sacramento en el *Tratado de la perfección del cristiano en general*; y otro, en el *Tratado de la perfección en el estado Eclesiástico,* al Santo Sacrificio de la misa.

---

(45) Edición póstuma, 1665.
(46) Mt. 11,25 y 26.

Y todavía en su grandiosa *Exposición del Cantar de los Cantares* (dos tomos en folio con 2.601 columnas sin contar los liminares y los índices), dedica a este dulcísimo tema unas veinticinco exhortaciones.

El mismo Padre La Puente hizo imprimir gran parte de estos escritos en un libro pequeño que llamó *Directorio espiritual,* para que pudieran aprovecharse de ellos muchos fieles que no podrían hacerse con las obras completas. Por su parte, el P. Tirso González, General que fué de la Compañía de Jesús, gran misionero y gran teólogo, conocedor y entusiasta como pocos del Venerable y promotor decidido de la causa de su beatificación, reunió, bajo el título de *Jardín de Cristo Sacramentado,* las varias meditaciones para prepararse a la comunión y para dar gracias después de ella, que se encuentran repartidas por los diferentes tratados.

Refiriéndose a todos estos escritos eucarísticos, escribe dicho P. Tirso: «Aunque en todas sus obras es admirable el Padre Luis de la Puente, en lo que escribió del Sacramento se excede a sí mismo; y así, con razón se puede llamar *Doctor eucarístico* o *Doctor del Sacramento.*

«Trató esta materia altísimamente en varias partes de sus obras, y es cosa maravillosa ver la estupenda variedad de nuevos y delicados pensamientos que se le ofrecían acerca de este misterio» (47).

Del mismo P. Tirso es la feliz expresión de que el Venerable supo «juntar con entendimiento de

(47) *Jardín,* Dedicatoria a la Reina Doña Mariana de Austria.

querubín para enseñar, pluma de serafín para inflamar los corazones» (48).

Ultimos días

Aquella preciosa vida se apagaba por momentos, entre las nieves y hielos del invierno de 1624, uno de los más crudos que se conocieron en Valladolid.

Un día, el santo anciano llamó a su confesor y le dijo que se quería confesar generalmente, como para morir.

Días después, pidió el santo Viático.

Alarmado con estas noticias, un hijo espiritual suyo muy íntimo, el entonces estudiante de Teología, Hermano Francisco Cachupín, se fué al aposento del Padre y le preguntó: «¿Qué es esto, Padre, que me han dicho que V. R. se ha confesado generalmente para morir y pedido el Viático?

—*Tempus resolutionis meae instat*—le respondió el Padre por tres veces, volviendo los ojos a un Cristo que tenía pendiente al lado de la cama. —He estado tres o cuatro horas fuera de mí: ¿qué mucho que haga esto? Mañana recibiré el Santísimo Sacramento en ayunas, para poderlo recibir otro día por Viático, después de haber comido».

Así ocurrió en realidad.

El día 14 comulgó en ayunas. En la noche del 14 al 15, por prescripción del Dr. Canseco, a las tres de la madrugada hubo de tomar una almendrada, para poder conciliar un poco el sueño. Con eso,

(48) *Ibid.*

el día 15 ya no pudo comulgar. Pero, a instancias suyas y viendo que la flaqueza crecía por momentos, aquella misma noche del 15 se le administró el Santo Viático, según él había pronosticado.

Nada nos han dicho los testigos de vista de la devoción con que esta última vez recibió la visita del Esposo. Así, cada cual puede imaginárselo con más libertad.

Pasó aquella noche, escribe como testigo de vista el P. Cachupín, por una parte con gran aprieto de sus congojas y achaques, y por otra, con singular consuelo por el huésped que había recibido.

Al día siguiente, 16 de febrero, después de recibir al anochecer, con todo conocimiento y devoción, la Extrema Unción, voló su alma hacia las diez de la noche a contemplar cara a cara al Dios a quien tan rendidamente había venerado y amado bajo los velos eucarísticos.

Pidamos su glorificación a Jesús Sacramentado

Hemos de esperar que Jesucristo Sacramentado, cuya gloria él tan de veras promovió con sus escritos, querrá algún día que su Iglesia le honre en los altares.

Para conseguirlo, rogamos a todos los devotos de la Eucaristía que se lo pidan así en sus visitas al Santísimo, en sus comuniones, en sus misas.

Declaradas heróicas sus virtudes hace ya casi dos siglos (1759), sólo falta que, por intercesión de su siervo, obre Dios milagros manifiestos.

Eso es lo que hemos de pedir a Jesucristo Sacramentado, poniendo por medianera a la Virgen Inmaculada.

Permítasenos sugerir para ello la siguiente fórmula, que cada cual podrá sustituir a su gusto.

* * *

¡Oh Jesús Sacramentado! Por la entrañable devoción que os profesó vuestro siervo el Venerable Padre Luis de la Puente, dignaos, os suplicamos, mostrar con milagros manifiestos, la gloria de que, según piadosamente creemos, goza en vuestra compañía.

Os lo pedimos por intercesión de vuestra Madre Santísima, cuyas glorias tantas veces ensalzó en sus libros con extraordinario fervor.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A. M. D. G.

EL VENERABLE PADRE

LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

COMPENDIO DE SU SANTA VIDA

por el

P. CAMILO MARÍA ABAD, S. I.

Un volumen en 8.º de 228 páginas

Es libro muy documentado, en que se da idea, aunque sumaria, bastante completa de la vida, virtudes, escritos y discípulos del Venerable.

Avaloran la edición numerosos e interesantes grabados

Precio: 10 pesetas

Pedidos a la administración de

SAL TERRAE

APARTADO 77.—SANTANDER

Juntamente con la devoción al Santísimo, quiere este folleto fomentar la devoción a su gran enamorado, el V. P. Luis de la Puente, con el fin de conseguir, por su intercesión, milagros manifiestos que aceleren su beatificación.

Precio del folleto: *Dos pesetas.* Pedidos a *SAL TERRAE, Apartado 77. Santander.*

Se agradecen limosnas para la causa.

Pídanse estampas y reliquias a la *Administración de SAL TERRAE, Apartado 77. Santander.*

Comuníquense las gracias recibidas, al *R. P. Camilo María Abad, S. I.*, Universidad Pontificia, COMILLAS (Santander).

BX2169 .P97
Un gran enamorado de Jesucristo en la
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00039 2656